

tiempo de los Incas fue erradicada, como, por ejemplo, la prohibición de leer los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Los caciques, cuyos abusos fueron el motivo de arranque de la rebelión, vieron diezmado su poder como una fuerza tradicional indígena, y debieron más bien hispanizarse si es que querían continuar ocupando un puesto destacado en la organización política virreinal. En esta línea, Serulnikov finaliza su trabajo con una brillante y muy actual conclusión: a pesar de que la revolución tupamarista estuvo fundada en una sólida tradición cultural nativista, y a pesar de que básicamente buscaba moldear el orden político imperante desde su propia perspectiva, lo cual atrajo la simpatía de algunos sectores criollos y mestizos, el hecho de que el movimiento estuviera liderado por un descendiente de los Incas le restó eficacia e impidió su triunfo. Para reforzar esta idea, desde un punto de vista contrario, se relata el caso del cacique de filiación realista Mateo Pumacahua, antiguo enemigo de Túpac Amaru, a quien un grupo de criollos recurrió, en 1809, para que les ayudase en sus afanes independentistas en el contexto de la ocupación napoleónica a la península Ibérica. Pumacahua aceptó pero esto hizo aflorar el recelo de los criollos, quienes no soportaron ver a un indígena participando activamente

en el destino de las futuras repúblicas independientes. Este episodio plantea la interrogante de hasta qué punto las elites gobernantes, generalmente criollas, si bien están dispuestas a glorificar el pasado prehispánico en sus discursos, cederían el manejo del rumbo político de sus países a individuos de procedencia indígena.

Chrystian Zegarra
Colgate University (HAMILTON,
NEW YORK)
czegarra@colgate.edu

Sierra, Juan Carlos, ed.

La Generación del 50 para niños y jóvenes.
Ilustraciones de Juan Pedro Esteban Nicolás. Madrid: Ediciones de la Torre, 2013.
245, pp. (ISBN: 978-84-7960-391-5)

Sin querer entrar en puntillistas cuestiones terminológicas o de historiografía literaria, sí es verdad que siempre resulta controvertido el término “generación”, por extremadamente biologicista, y mucho más en poesía, que requiere aclaraciones que intenten reparar el daño al que se somete al resto de autores que se quedan fuera de la *nomina poetarum*. En realidad, ya se sabe, en literatura, y más concretamente en poesía, se usa el concepto “generación” como sinécdoque *pars pro toto*, esto es la parte por el todo, con lo que se comete una

injusticia profunda con el resto de escritores que pululan por un tiempo determinado y que no se ciñen a ese grupúsculo al que alude el término. Es, como si se dijera, el cogollito de una época, su quintaesencia.

Partiendo de esta idea preventiva, y de la advocación en la cita inicial de Francisco Ribes en la antología *Poesía última* (1963) de que “Toda antología constituye un error”, el profesor Juan Carlos Sierra ha preparado una auténtica edición de lujo, *La Generación del 50 para niños y jóvenes*, con ilustraciones de Juan Pedro Esteban Nicolás; de lujo no sólo por los autores que reúne, sino por la propuesta didáctica que lleva –acerca, familiariza– la poesía a un público no especializado, el infantil y juvenil, y que sin embargo es quizás el más importante a la hora de formar, preparar y dejar listo en la lanzadera de esos futuros lectores y degustadores del género, que tanto hacen falta. Independientemente de que haya poesía para niños, o de que se puede leer mejor o peor a un poeta, o de gustos personales, o de modas, de lo que se trata es de aproximar el género hacia un sector que debe ir habituándose con un lenguaje a veces desconocido no por su dificultad, sino porque no se le ha ido formando desde la más tierna infancia. La poesía no es fácil o difícil, sino un lenguaje que hay que conocer.

Aceptando el término “genera-

ción” como una pura referencia terminológica, sobre todo para no tener que estar acudiendo al diccionario para definir cualquier fórmula, tipo Generación del 50, Grupo del 50, Promoción del 50, Generación del Medio Siglo, Promoción del Medio Siglo, etc., hay que decir que esta ha sido discutida como cualquier otra generación o grupo representativo de un momento histórico, pero lo cierto es que a día de hoy ya nadie se plantea cuestionar su importancia literaria y su carácter abarcador de un periodo determinado, sin obviar otras propuestas estéticas y otros autores que sin duda también podríamos tener en cuenta a la hora de perfilar con más precisión el panorama de las letras de los años cincuenta. El propio Juan Carlos Sierra advierte en su prólogo que “parece necesaria una reformulación más amplia del concepto crítico de ‘Generación del 50’, que ha de tener en cuenta a todos esos autores que entre las décadas de los 50 y 60 desbordaron los límites estrechos en los que se había encorsetado la poesía social anterior a ellos –el cliché del buen proletario, el panfleto y el descuido formal–” (13).

Quizá por ello en este volumen, aparte de los poetas canónicamente considerados Generación del 50 a través de antologías, estudios y propuestas críticas, y de un filtrado que posee ya varias décadas, este es el

grupo selecto de ocho: Carlos Barral, Francisco Brines, José Manuel Cabañero Bonald, Jaime Gil de Biedma, Ángel González, José Agustín Goytisolo, Claudio Rodríguez y José Ángel Valente; hay que sumar otros también interesantes y destacados como Francisca Aguirre, Alfonso Costafreda, Gloria Fuertes o Fernando Quiñones. En total, doce poetas, pero lo cierto es que se podría haber alargado el número hasta al menos cinco o seis más, y habríamos siempre mantenido un nivel lírico excelente, pongamos por caso nombres –algunos todavía en activo, y con extrema lucidez– como Antonio Gamoneda, Julia Uceda, Ángel Crespo o María Victoria Atencia, por citar sólo algunos de los más importantes y que nadie consideraría fuera de tono.

La propuesta de *La Generación del 50 para niños y jóvenes*, en cualquier caso, lleva una introducción enjundiosa y nada académica, pero sin perder rigor informativo, con parcelaciones didácticas y grandes apartados que nos aclaran aquellos puntos necesarios para conocer a fondo el grupo de poetas seleccionados. Además, Juan Carlos Sierra se ha encargado de presentar a cada autor con una suerte de frontispicio en un ameno resumen que nos introduce su vida y su obra, haciéndonosla más accesible, aunque también deberíamos citar, al inicio del volumen,

su particular “Aviso a navegantes (o aclaraciones para lectores curiosos)”, que nos advierte: “Si eres niño/a, te recomiendo que te saltes la introducción, cuyo lenguaje y contenido quizá sean más adecuados para jóvenes algo curtidos en la lectura de poesía o que ya estén estudiando la historia de la literatura española. [...] Si eres joven, intenta leer la introducción, porque hay información que puede serte útil para disfrutar de los poemas de esta antología y hacerlos tuyos –además te puede ayudar a aprobar algún examen que otro–. [...] Si en ellos no hallas respuestas, al menos se te mostrará un camino nuevo por el que poder transitar, una vía que ni sospechabas que existía o que quizá sólo intuías. [...] Y si esto sucede, seas niño o joven, entonces este libro habrá cumplido su función” (8).

El profesor y crítico literario Juan Carlos Sierra (Úbeda, Jaén, 1972), conocido también por otros estudios críticos como *El Madrid de Larra* (Sílex, 2006), o trabajos antológicos como *Los lunes, poesía* (Hiperión, 2004), ha preparado una antología altamente recomendable, no sólo para los no iniciados a la poesía, a los que está fundamentalmente destinada, sino también para los ya iniciados, ya que nos dota de un instrumento siempre pertinente para saber difundir el género, una herramienta a tener en cuenta. Un género, no ol-

videmos, que es de minorías, y que siempre se mueve en clave de supervivencia. Y hay que cuidar la poesía, hay que preocuparse por difundirla, nada más y nada menos altruista que este gesto y esfuerzo. Sólo nos queda agradecer este tipo de propuestas, porque su finalidad no puede ser más constructiva, optimista y positiva. Una proposición, en clave del 50, en toda regla “partidaria de la felicidad”. Enhorabuena.

Juan Carlos Abril
Universidad de Granada
jca@ugr.es